La construcción de trabajadoras/es modernos: movilidad social y empleo femenino en el desarrollismo chileno (1939-1973)

Alejandra Brito Peña
Profesora Titular
Universidad de Concepción - Chile

Introducción

Este estudio analiza el rol de las empresas estatales y mixtas en la promoción de la movilidad social y la inclusión laboral femenina dentro del marco del modelo desarrollista implementado en Chile desde 1939. A través de empresas estratégicas como la Siderúrgica Huachipato y la Empresa Nacional del Petróleo (ENAP), el Estado chileno buscó impulsar la industrialización y reducir la dependencia de importaciones. La hipótesis central de este trabajo es que estas empresas no solo contribuyeron al desarrollo económico, sino que también impulsaron la movilidad social al mejorar las condiciones laborales y de vida. Fomentaron la educación de niños y niñas de familias industriales, ofrecieron opciones de capacitación y profesionalización para trabajadores/as y se transformaron en una opción importante para el trabajo femenino principalmente en áreas de servicios y profesionales.

Desde un punto de vista teórico centramos el análisis en la movilidad social desde una perspectiva de género, sosteniendo que esta ha sido una de las categorías analíticas fundamentales para comprender los procesos de cambio y reproducción social en las sociedades modernas. Su estudio ha evolucionado desde enfoques estructurales y cuantitativos centrados en el ingreso, la educación o la ocupación, hacia perspectivas más complejas que integran factores culturales, subjetivos, históricos y de género. La incorporación del género como dimensión estructurante de la movilidad social, permitió que las trayectorias femeninas comenzaron a ser analizadas en su especificidad, evidenciando las barreras estructurales y simbólicas que limitan el ascenso social de las mujeres.

El trabajo de Peña et al. (2013) constituye un punto de partida clave al demostrar que las desigualdades de género "afectan la posibilidad de ascenso social dentro de la misma generación y ponen en desventaja a alguno de los grupos" (p. 6). A pesar de mayores niveles educativos, las mujeres colombianas enfrentan brechas laborales, salariales y culturales que restringen sus posibilidades de movilidad. Riveiro (2011) denuncia el sesgo androcéntrico de los estudios clásicos de movilidad social, afirmando que se ha prestado poca atención a las mujeres en el análisis de la movilidad social. La exclusión de las mujeres en las fuentes y las metodologías reproduce una imagen sesgada de la estructura social. Vanoli Imperiale (2021) refuerza esta crítica al sostener que el concepto de movilidad social debe articularse con el de género, ya que al integrar a mujeres no solo se las visibiliza “sino que constituye un marco de análisis más preciso para el estudio de la reproducción social" (p. 12).

La incorporación de una perspectiva histórica permite comprender la movilidad social como un proceso dinámico, no lineal ni universal. Fernández Guzmán (2019) muestra cómo los

hijos de migrantes mexicanos que estudiaron en universidades de EEUU lograron movilidad ascendente a partir de un complejo entramado de factores: apoyo familiar, capital humano, acceso educativo y redes migratorias, mostrando que la movilidad es una experiencia singular y condicionada por contextos históricos específicos.

Iglesias Rodríguez (1999) aborda la movilidad social en las oligarquías urbanas de Andalucía occidental moderna. Su análisis muestra que la movilidad ascendente fue posible, aunque canalizada por mecanismos de legitimación como la compra de cargos o alianzas matrimoniales. "El ascenso no solo fue tolerado sino incluso aceptado socialmente, aunque bajo una lógica gradual y legitimada generacionalmente" (p. 36).

Para el caso argentino, el trabajo de Álvarez y Correa Deza (2013) sobre la provincia de Tucumán en el siglo XIX combina fuentes censales con una metodología innovadora para rastrear trayectorias individuales. A pesar del crecimiento económico impulsado por la industria azucarera, las autoras concluyen que aunque existió movilidad esta "fue baja debido a que las mismas están relativamente concentradas a lo largo de [la] diagonal principal" de la matriz de movilidad (p. 142).

La movilidad social no solo debe entenderse como un desplazamiento material, sino también como un proceso simbólico vinculado con el reconocimiento, la dignidad y las aspiraciones personales y colectivas. Este aspecto es especialmente visible en el trabajo de Tossounian (2018) sobre representaciones de mujeres trabajadoras en la cultura de masas en Buenos Aires entre 1920 y 1940. La autora muestra que las novelas sentimentales y el melodrama articularon una narrativa donde la trabajadora joven y bella aspiraba al ascenso social mediante el matrimonio, pero al mismo tiempo era advertida sobre los peligros de esa ambición. "La cultura de masas retrató a la trabajadora como una joven bella que aspiraba al ascenso social [...] al tiempo que se le advertía cuán poco deseable era ese camino" (Tossounian, 2018, p. 88). Mostrando que las aspiraciones y los frenos al ascenso están mediados por imaginarios de género, clase y moralidad que operan más allá de la estructura económica.

Varios estudios coinciden en advertir que la movilidad social no debe idealizarse como signo inequívoco de progreso. Por el contrario, muchas trayectorias de movilidad se dan "en las fronteras de la precariedad", como señalan Borderías y Martini (2020) "la precarización del trabajo femenino se entiende mejor cuando se analiza teniendo en cuenta el trabajo productivo [...] y el reproductivo" (p. 76). En lugar de avanzar hacia la estabilidad las trayectorias de muchas mujeres fueron marcadas por la inestabilidad, la informalidad y la falta de derechos.

Gálvez Muñoz (2001) analiza cómo los mecanismos de acceso y movilidad en los mercados laborales han estado sesgados históricamente por el sexo. "La marginación de las mujeres en los mercados de trabajo ha sido un fenómeno común a pesar de haber sido mano de obra preferencial para muchos empresarios" (p. 233).

A partir de estas perspectivas analizaremos la experiencia histórica de dos empresas estatales o semiestatales que se transformaron en los íconos del modelo desarrollista en Chile a mediados del siglo XX. Las fuentes utilizadas son de dos tipos. Primero, fuentes documentales empresariales, como la revista "Huachipato", publicada entre 1953 y 1971, y el boletín "Infórmese" de la ENAP, en su primera etapa se publicó entre 1953-1977. Estos documentos ofrecen una visión interna sobre la estructura laboral, los beneficios sociales y las políticas internas de las empresas, especialmente en relación con el papel de las mujeres en el ámbito laboral. En segundo lugar, en el trabajo final, triangularemos esta información con entrevistas con trabajadoras/es y sus familiares. Estas entrevistas revelan experiencias personales y permiten reconstruir el contexto social y laboral en barrios fundados en torno a estas empresas, así como las percepciones sobre la movilidad social promovida por estas instituciones.

Metodológicamente, utilizamos un enfoque cualitativo basado en el análisis de contenido de las fuentes documentales y entrevistas. Este enfoque permite explorar cómo las empresas diseñaron e implementaron beneficios laborales y cómo estos fueron percibidos por sus beneficiarios. Además, se analizan los roles asignados a las mujeres y sus trayectorias laborales.

1- Transformaciones económicas, desarrollismo y empresas estatales en Chile

El análisis del Desarrollismo nos permite comprender las transformaciones estructurales de la economía chilena durante el siglo XX, así como el rol que jugó el Estado en el impulso de un modelo de desarrollo basado en la industrialización por sustitución de importaciones (ISI). El análisis de estas transformaciones permite situar críticamente el concepto de desarrollismo y su expresión institucional a través de empresas mixtas o estatales como la Siderúrgica Huachipato de la Compañía de Acero del Pacífico (CAP) y la Empresa Nacional del Petróleo (ENAP).

Desde fines del siglo XIX, Chile se incorporó de manera creciente al capitalismo global, inicialmente como proveedor de materias primas. Tras la Guerra del Pacífico[1], el país cedió a capitales extranjeros el control de las dos principales industrias de exportación: el salitre y el cobre (Pinto, 1959). Este patrón exportador subordinado tuvo efectos contradictorios: generó ingresos fiscales que dinamizaron ciertas actividades internas, pero también profundizó la dependencia del capital extranjero y de la demanda externa.

Las sucesivas crisis internacionales, especialmente la Gran Depresión de 1929, mostraron los límites del modelo de crecimiento hacia afuera. Esta situación llevó a una "toma de conciencia" respecto a la necesidad de impulsar una estrategia de desarrollo hacia adentro (Salazar y Pinto, 2002). Así, la ISI emergió como una respuesta pragmática y teórica ante la fragilidad estructural de las economías latinoamericanas. En Chile, en 1939 se creó la

[1] La Guerra del Pacífico fue un conflicto armado entre Chile, Perú y Bolivia por la disputa territorial de las regiones salitreras en territorios fronterizos entre los tres países. Se desarrollo entre 1879 y 1184, el triunfo de Chile significó la anexión de las regiones salitreras pertenecientes a ambos países.

Corporación de Fomento a la Producción (CORFO), quien lideró el viraje hacia el desarrollo planificado (Echenique & Rodríguez, 1990).

El desarrollismo se articuló teóricamente desde la CEPAL, bajo la dirección de Raúl Prebisch, quien planteó que "la industrialización bajo la dirección del Estado fue vista como la única forma de generar rápidamente progreso tecnológico" (FitzGerald, 1998, p. 2). La estrategia ISI se justificaba por la caída de los términos de intercambio, el desempleo estructural y la necesidad de soberanía tecnológica. De esta manera, el desarrollismo se fundamenta en una matriz intelectual racionalista y constructivista. Como plantea Prats (2006), el desarrollo se concibió como una progresión racional hacia un modelo universal de modernidad: industrialismo, capitalismo, ciencia y Estado-nación. Esta concepción secularizada del progreso fue consolidada tras la Segunda Guerra Mundial, cuando el discurso del desarrollo se convirtió en una estrategia global liderada por Estados Unidos, como lo evidenció el famoso discurso de Truman en 1949. Según Esteva (1996), a partir de esa fecha "dos mil millones de personas se volvieron subdesarrolladas" (p.2), es decir, quedaron sujetas a una visión jerárquica del mundo que subordinaba sus trayectorias históricas a los ideales occidentales de modernización.

El desarrollismo latinoamericano, bajo el paradigma estructuralista de la CEPAL tuvo profundas implicancias políticas y económicas: el desarrollo requería una intervención activa del Estado para reorganizar la estructura productiva, fomentar la industria nacional, diversificar exportaciones y proteger sectores emergentes de la competencia externa. Así, uno de los pilares de la estrategia desarrollista fue la acción directa del Estado en la economía. Lejos de limitarse a una función subsidiaria, el Estado pasó a ser un actor central en la producción, financiamiento e infraestructura del nuevo modelo. La CORFO fue el eje clave de esta transformación, convirtiéndose en el motor técnico e institucional del desarrollo nacional. Diseñó e implementó proyectos de alcance nacional, entre ellos la electrificación, la industria del combustible, y la industria siderúrgica.

En este contexto nace la Compañía de Aceros del Pacífico (CAP), como "una empresa mixta, pero con acción preferente del Estado" (Millán, 1999, p. 126) fue el resultado de una alianza estratégica entre el Estado y el capital privado. La CORFO no solo controló su dirección, sino que intervino en la fijación de precios, abastecimiento de materia prima y capacitación de personal técnico. La CAP crea la Siderúrgica Huachipato en la región del Biobío, convirtiéndose en un caso paradigmático de empresa estatal moderna, tecnificada, planificada, y con vocación nacional.

Por otro lado, la explotación de hidrocarburos en la Región de Magallanes, a partir de mediados del siglo XX, fue otro de los pilares del proceso de industrialización en Chile, en torno a la producción energética. El descubrimiento del primer pozo productivo en la zona de Manantiales, en Tierra del Fuego, el 29 de diciembre de 1945, marcó el inicio de una etapa transformadora. En respuesta, el Estado chileno creó la Empresa Nacional del Petróleo (ENAP) mediante la Ley N.º 9.618 de 1950, con el objetivo de garantizar la explotación comercial del recurso (Cvitanic & Matus, 2019, p. 206). A partir de allí, se desplegó un

sistema productivo integrado, caracterizado por una planificación territorial que incluyó infraestructuras productivas, terminales, caminos y viviendas para los trabajadores.

2- Paternalismo industrial en Huachipato y ENAP

Los casos de la Siderúrgica Huachipato de la CAP y la Empresa Nacional del Petróleo- ENAP, constituyen ejemplos paradigmáticos de cómo las lógicas empresariales paternalistas se articularon con los ideales de modernización económica, la construcción del orden social y promoción de la movilidad social ascendente.

El paternalismo promovido por las empresas, con una fuerte presencia del Estado, se sostuvo sobre un modelo de organización social que concebía a la empresa como un actor moral, encargado no solo de proveer empleo, sino también de orientar la vida familiar y comunitaria de sus trabajadores/as y sus familias.

En Huachipato, esta visión se tradujo en la construcción de poblaciones de trabajadores/as, siendo una de las más relevantes la Villa Presidente Ríos, a lo cual se sumaron servicios médicos, escuelas, las actividades recreativas, culturales y deportivas, y las celebraciones familiares. La CAP no solo invirtió en infraestructura habitacional y educativa, sino que desarrolló un aparato interno de intervención social, liderado por el Departamento de Relaciones Industriales y el Servicio Social, que promovía un modelo de familia nuclear ordenada, basada en la figura del padre proveedor. Este modelo se apoyó en una pedagogía de la masculinidad obrera que identificaba la virilidad con el trabajo, la responsabilidad y la paternidad, como lo expresa el discurso del presidente Gabriel González Videla en la inauguración de la planta: "Éstos demostraban esa prestancia viril y esa seguridad que tiene el hombre que ha encontrado un camino seguro y un sitio digno en la vida" (p. 5).

En el caso de la ENAP, el proceso de implantación petrolera en Magallanes no se limitó a la actividad extractiva, sino que también generó un modelo habitacional de carácter colectivo, planificado por el Estado. La creación de campamentos como Cerro Sombrero, Cullen, Clarencia, Percy, Gregorio y Posesión permitió fijar in situ a la fuerza de trabajo. Estas instalaciones no solo respondían a necesidades productivas, sino también a un ideal de orden y cohesión social. Como indican Cvitanic y Matus (2019), “la residencia, y particularmente la vivienda, se constituyó en el dispositivo central” del hábitat industrial (p. 211).

La vivienda fue un eje de integración, a través de un programa habitacional impulsado por ENAP, mediante el cual se construyeron más de 600 viviendas entre 1950 y 1984 (Cvitanic & Matus, 2019). Estas viviendas se distribuyeron según criterios laborales jerárquicos: casas individuales para empleados, pabellones colectivos para obreros y soluciones diferenciadas para choferes y técnicos. La arquitectura y distribución de estos espacios expresaba simbólicamente las relaciones laborales, pero también fomentaba una identidad común. El espacio urbano fue acompañado de equipamientos que incluían escuelas, parroquias, cines, gimnasios, plazas y centros de salud, de esta manera “el arribo progresivo de grupos

familiares a vivir al hábitat colectivo creado motivó, dio sentido y estableció la dimensión y envergadura de los equipamientos construidos” (Cvitanic & Matus, 2019, p. 209).

La vida en los campamentos petroleros generó formas de sociabilidad que fortalecieron el sentido de pertenencia. La ENAP, como empresa estatal, se convirtió en una figura tutelar que ofrecía no solo empleo, sino un estilo de vida. Este vínculo creó lo que Pérez, Herrera y Fuentes (2019) denominan “la idea de una gran familia refinera”, en la que “la industria ocupa un lugar no preponderante en el desenvolvimiento de lo cotidiano, aunque relevante en su gestación y concreción” (p. 76). La comunidad no era solo un espacio físico, sino una construcción simbólica que articulaba trabajo, familia y Estado.

3- Movilidad social y construcción del "obrero moderno"

El paternalismo en Huachipato funcionó como una estrategia para promover un tipo particular de movilidad social: la ascensión de los "gañanes" a obreros calificados, con acceso a la vivienda propia, a la educación formal para sus hijos/as, y a un conjunto de derechos sociales vinculados al trabajo formal e industrial. La CAP articuló un modelo de movilidad condicionado por la disciplina, la estabilidad laboral y la pertenencia a un proyecto colectivo.

La formación técnica a través de la Escuela Experimental, las becas para hijos de trabajadores, las colonias escolares, los cursos vespertinos para obreros, y el reconocimiento simbólico a través de publicaciones como la Revista Huachipato, consolidaron un relato de progreso en el cual la empresa aparecía como el principal garante del bienestar. Como se afirmaba en la revista: "la educación moderna, principalmente en nuestro país, exige un mayor entendimiento y acercamiento con las principales industrias del país" (Huachipato, 1957, p. 3).

La vivienda, la salud y la educación fueron comprendidas como derechos en tanto mediadas por la relación con la empresa. Como señalaba el gerente de operaciones Waissbluth sobre el nuevo hospital financiado por la CAP: "le preocupa en forma muy especial la salud de su personal que tendrá en este Hospital un recurso eficiente y seguridad de atención" (Huachipato, 1959, p. 4).

En el caso de la ENAP, la vida comunitaria en los campamentos se organizaba en torno a la familia del trabajador. La empresa no solo contrataba a los obreros, sino que facilitaba la instalación de sus núcleos familiares, promoviendo la estabilidad laboral y la reproducción de la fuerza de trabajo. Esta dimensión familiar permitió la consolidación de un fuerte sentido comunitario, como relatan antiguos residentes: “todos los campamentos éramos unidos y hacíamos actividades juntas como las olimpíadas enapinas... para mantener una tremenda unión de nosotros y nuestros hijos” (Acevedo, Ciselli & Rojas, 2016, p. 985).

A pesar del discurso de bienestar integral, el modelo de movilidad social y modernización promovido por CAP excluyó a las mujeres del trabajo industrial y las confinó al espacio

doméstico. Las mujeres eran consideradas agentes de apoyo a la función productiva del varón, y su participación en las políticas de bienestar se limitaba a actividades que reforzaban su rol de madres y esposas: cursos de economía doméstica, modas, cocina, corte y confección, organización de centros de madres y clubes de adolescentes femeninas.

La formación diferenciada por género en la escuela (niños preparados para oficios industriales, niñas para labores del hogar) reproducía una estructura de género jerárquica, donde la movilidad social era pensada exclusivamente en clave masculina. Los cursos del grado vocacional para niñas de la Escuela Experimental del Huachipato reproducían la idea de las "labores propias del sexo, como corte y confección, moda infantil, bordado a máquina, tejidos y flores artificiales, economía doméstica, peluquería y ornamentación para el hogar, mientras que para los varones se priorizaban oficios para el trabajo, a lo cual se sumaban becas técnicas y prácticas profesionales. El paternalismo de Huachipato, entonces, no solo moldeó un sujeto obrero, sino también una subjetividad femenina subordinada, indispensable para la estabilidad del modelo.

En el caso de la ENAP, la mayoría de los puestos de trabajo eran para varones. En tanto, la división sexual del trabajo relegó a las mujeres a funciones domésticas y reproductivas. Sin embargo, aunque invisibilizadas en la estructura formal de ENAP, las mujeres jugaron un papel esencial en la mantención del orden, la sociabilidad, la educación de los hijos y la vida comunitaria, quedando subordinada al ámbito doméstico, aun cuando su contribución fuera indispensable para el funcionamiento del modelo de company town (Acevedo & Rojas, 2015).

La historia de la industria petrolera en Magallanes no puede comprenderse sin considerar el modelo de paternalismo industrial que estructuró la vida de los trabajadores y sus familias. En este entramado, el hogar se transformó en un centro articulador de la vida productiva, y las mujeres, aunque ausentes de los registros laborales formales, sostuvieron gran parte de la vida comunitaria. Esta experiencia constituye una forma singular de urbanización y modernización estatal que marcó el paisaje físico, social y simbólico del extremo sur de Chile.

4- El rol de las mujeres trabajadoras en Huachipato y la ENAP

El estudio de Alfaro y Brito (2023) demuestra que la participación femenina en la industria siderúrgica ha sido históricamente invisibilizada y desvalorizada, a pesar de que las mujeres estuvieron presentes tanto en Altos Hornos de Corral como en Huachipato. Su inserción laboral, aunque minoritaria en el área productiva, tuvo un efecto importante en la mejora del bienestar familiar y abrió espacios de desarrollo personal y profesional. "Trabajar en Huachipato daba una posibilidad de ascenso social" (Alfaro & Brito, 2023, p. 20), especialmente a través del acceso al salario, la vivienda, la educación para hijos/as y los beneficios indirectos de la empresa.

Las mujeres se integraron a Huachipato y desde su labor como trabajadoras contribuyeron al desarrollo de la empresa y de sus propias familias, logrando alcanzar desarrollo profesional. Se integraron al área de producción, en la Laminadora de Planchas, Chapas y Hojalata, donde realizaron tareas de clasificación y embalaje, justificadas bajo estereotipos como la "minuciosidad femenina". Como administrativas, ejercieron mayoritariamente en secretarías, áreas contables y oficinas de personal. En el ámbito profesional, destacaron las asistentes sociales, encargadas de articular las políticas de bienestar con las familias obreras, las profesoras que formaron parte del personal docente de la Escuela Experimental, y enfermeras del servicio médico de la planta. También hubo presencia en áreas técnicas como el análisis químico, aunque en baja proporción.

La presencia femenina en Huachipato se documenta en los primeros años de la Revista Huachipato (1953-55) principalmente a través de fotografías de secretarias en distintas secciones técnicas y administrativas. Este tipo de representación refuerza un modelo de femineidad vinculado a labores de apoyo, muchas veces acompañado de menciones a su simpatía o presentación personal, como en el caso de la secretaria del Superintendente General: "Martita Levis tiene siempre una frase amable a flor de labios, lo que le ha valido el aprecio y respeto de todos" (Revista Huachipato, N°39, diciembre de 1956, p. 17).

Si bien la mayoría de las mujeres se desempeñaba en labores administrativas, existen testimonios de participación en áreas técnicas que dan cuenta de una apertura progresiva. El caso de María Angélica Harris, licenciada en Química y única mujer profesional en el Departamento Metalúrgico, marca una ruptura simbólica con la feminización de ciertos puestos: "Todas las industrias dependen en forma directa o indirecta de la Química y de sus infinitas aplicaciones…", señala en su entrevista (Revista Huachipato, N°91, enero de 1963, p. 25).

Asimismo, el testimonio de doña Marta Molina de Ibacache, supervisora de la sección Clasificación de Hojalata desde 1950, evidencia una valoración positiva de la labor femenina en funciones que requerían minuciosidad, aunque su rol siga siendo pensado desde atributos "naturales" de las mujeres: "En la mujer, en cambio, se logra una organización gracias a la cual se obtienen mejores resultados mientras más tiempo se practica" (Revista Huachipato, N°89, julio de 1962, p. 21).

En los años '60 hay una importante profesionalización de ciertas labores al interior de la siderúrgica, así la llegada de mujeres formadas profesionalmente en áreas como el trabajo social amplió las posibilidades de acción femenina en la planta. La entrevista a Eliana Prado Squella, jefa del Servicio Social de Huachipato desde 1960, evidencia una figura femenina empoderada, con visión técnica e ideológica de su labor: "Nuestro ideal profesional es lograr la comprensión del ambiente en que nos toca trabajar y la reeducación de una familia o de un individuo" (Revista Huachipato, N°98, mayo de 1964, p. 30). Su trabajo integraba objetivos sociales y productivos, articulando acciones con otras áreas como educación, salud y recreación, en un modelo que respondía a las políticas paternalistas propias del desarrollista chileno.

Las entrevistas publicadas en la revista también revelan tensiones entre la incorporación laboral femenina y el imaginario tradicional de la mujer como cuidadora del hogar. Silvia Soto Rojas, economista y madre de tres hijos, declara: “la mujer no sólo es una colaboradora del hombre, sino que tiene también la permanente y hereditaria responsabilidad de cuidar a los niños y el hogar” (Revista Huachipato, N°109, abril de 1966, p. 24).

Esta tensión también aparece en testimonios donde la identidad profesional femenina no niega —sino que rearticula— los mandatos tradicionales, como en el caso de Eva Rautenberg, secretaria destacada que afirma: “No veo por qué una mujer que trabaje pierda parte de su femineidad” (Revista Huachipato, N°102, enero de 1965, p. 33). De esta manera, el acceso de las mujeres al empleo en Huachipato generó nuevas oportunidades para el desarrollo profesional, pero también reveló las tensiones entre el ideal de madre-esposa y el rol de trabajadora. Muchas mujeres, como señala la Sra. María B. en una entrevista, renunciaron al empleo al iniciar la maternidad, mostrando que la conciliación trabajo-familia era una barrera estructural para la continuidad laboral femenina (Alfaro & Brito, 2023, p. 20).

Por otro lado, desde el trabajo en la siderúrgica, las mujeres agenciaron también historias que mezclaron trabajo, emociones, vocación y sentido colectivo. Edith Oyharcabal, secretaria, relata cómo dedicaba su tiempo libre a alfabetizar obreros, mientras Margarita Alarcón, asistente social, impulsaba un club de rehabilitación de alcohólicos: “La eficacia de su trabajo está probada, como lo está la de hombres y máquinas (…) el trabajo solo las ha ennoblecido” (Revista Huachipato, N°109, abril de 1966, p. 23–24).

La ENAP desplegó desde sus orígenes un modelo de paternalismo industrial que incluyó no solo beneficios materiales para sus trabajadores, sino también una estructura comunitaria que abarcaba vivienda, salud, educación y cultura. En este entramado, las mujeres —en particular las trabajadoras— jugaron un papel multifacético: fueron agentes activas en la producción técnica, profesionales especializadas, educadoras, asistentes sociales, y organizadoras comunitarias. Sin embargo, esta diversidad de roles se dio en tensión constante con el modelo tradicional de feminidad, centrado en la figura de la madre y cuidadora del hogar. A través del análisis de la Revista Infórmese, órgano interno de ENAP entre las décadas de 1960 y 1970, es posible reconstruir la complejidad del rol femenino dentro del sistema petrolero chileno.

Aunque escasas en comparación con los hombres, las mujeres accedieron a posiciones técnicas y profesionales que fueron fundamentales para el funcionamiento de la empresa. La tecnóloga médica Rosana Díaz, egresada de la Universidad Austral, fue incorporada al hospital de Cerro Sombrero, donde debió organizar y liderar el área de laboratorio clínico (Revista Infórmese, Nº 172, Agosto 1970, p. 6). Asimismo, en el área de mecanización contable mediante IBM, las mujeres ocuparon cargos técnicos: “Srta. María Ester Villa, operando una máquina calculadora.– Parte del personal de I.B.M.” (Revista Infórmese, Nº 133, Mayo 1965, pp. 5–6). Estas funciones, tradicionalmente masculinizadas, muestran que

ENAP promovió, aunque de forma acotada, la participación femenina en espacios de modernización administrativa y salud laboral, abriendo posibilidades de movilidad social y profesional.

Por otro lado, las asistentes sociales constituyeron un pilar del modelo de bienestar empresarial, funcionando como intermediarias entre la empresa y la familia trabajadora. Su rol combinó gestión técnica, acompañamiento social y promoción comunitaria. Destaca la figura de Sara Pino, quien lideró actividades como colonias escolares: “Este grupo viajó bajo la responsabilidad de la Asistente Social Sra. Sara Pino” (Revista Infórmese, Nº 140, 29-02-1966, p. 7). A nivel institucional, su actividad era intensa y abarcaba múltiples áreas: “Entrevistas en oficina – 9.622; trámites oficinas Enap – 6.068; visitas domiciliarias – 1.618; trámites externos – 3.731” (Revista Infórmese, Nº 155, Enero 1968, p. 14). Estas cifras muestran que su trabajo no solo era asistencial, sino altamente técnico y estructural para la organización social de ENAP. No obstante, estas funciones también implicaban vigilancia y reproducción del orden institucional sobre las familias trabajadoras.

Las profesoras también ocuparon un lugar estratégico. No solo impartieron educación formal, sino que coordinaron talleres como los de economía doméstica —orientados a mujeres— y cursos artísticos o de restauración artesanal. Estos talleres reforzaban roles tradicionales, pero también ofrecían espacios de reconocimiento y sociabilidad femenina: “Desde la primera semana de Julio están funcionando en Cerro Sombrero 3 cursos de Economía Doméstica, bajo la dirección de la Sra. Emilia de Guerrero. [...] el material [...] es proporcionado por la Empresa” (Revista Infórmese, Nº 135, 08-08-1965, p. 7). “El curso de la Sra. Milyets Veloso, profesora de Artes Plásticas y Restauración Artesanal, fue otra enseñanza práctica que despertó gran interés entre las dueñas de casa” (Revista Infórmese, Nº 173, Septiembre 1970, p. 9). Así, la educación femenina se situaba entre la capacitación para el trabajo comunitario y la reproducción de un ideal de mujer doméstica, maternal y virtuosa.

Más allá de los roles profesionales, las mujeres desempeñaron funciones clave en la organización del tejido social en los campamentos. A través de comités femeninos, actividades solidarias y la gestión de celebraciones, las mujeres sostuvieron la vida comunitaria: “El objetivo primordial de este Comité [...] es el de proporcionar ayuda a los menores en situación irregular del 'Hogar de Carabineros' de Punta Arenas” (Revista Infórmese, Nº 185, s/f, p. 13). “El Comité de Navidad se preocupó que el reparto de los juguetes a los hijos de los compañeros trabajadores se efectuara con el entusiasmo acostumbrado” (Revista Infórmese, Nº 183, Diciembre 1971, p. 13). Estas acciones, si bien fueron enmarcadas por la empresa como actos de caridad o colaboración, implicaron un trabajo afectivo y logístico fundamental para sostener el modelo de bienestar y cohesión social que requería el funcionamiento productivo de ENAP.

La coexistencia entre mujeres profesionales y el refuerzo de un modelo maternal tradicional genera una contradicción en el sistema de ENAP. Mientras se reconocía públicamente a figuras como la tecnóloga médica, la operadora IBM o la profesora, la mayoría de las mujeres

eran valoradas por su rol como esposas, madres y cuidadoras. El reconocimiento a mujeres por su permanencia en los campamentos, como símbolo de estabilidad comunitaria, refuerza esta tensión: “Instante en que la Sra. Elba Ojeda de Muñoz recibe el Premio Especial de ENAP por ser la Dama pobladora de permanencia más antigua en Cerro Sombrero” (Revista Infórmese, Nº 183, Diciembre 1971, p. 13). Este gesto evidencia cómo la empresa premia la fidelidad femenina al modelo comunitario más que la trayectoria profesional, y cómo el discurso empresarial subsume la incorporación laboral de las mujeres bajo el paradigma de la familia estable.

Reflexiones Finales

El análisis de las experiencias laborales de mujeres en la Siderúrgica Huachipato y ENAP permite reinterpretar críticamente los efectos del desarrollismo chileno en términos de movilidad social. Lejos de una narrativa lineal de progreso, las trayectorias femeninas exhiben un campo de tensiones, avances y limitaciones marcadas por estructuras de género persistentes en el imaginario industrial y estatal.

En primer lugar, el modelo desarrollista impulsado por el Estado promovió procesos efectivos de movilidad social para sectores obreros masculinos, mediante el acceso a empleo formal, vivienda, salud y educación. Sin embargo, estos beneficios estuvieron mediados por una estructura familiar tradicional que relegó a las mujeres al ámbito de la reproducción social. Tal como lo advierten autoras como Vanoli Imperiale (2021) y Borderías y Martini (2020), la movilidad femenina ha estado atravesada por obstáculos estructurales, simbólicos y afectivos, que la sitúan muchas veces en los márgenes o “en las fronteras de la precariedad”.

En este contexto, las mujeres que lograron incorporarse a las empresas estatales lo hicieron en áreas profesionalizadas (salud, educación, trabajo social) o en funciones técnicas y administrativas justificadas por imaginarios de feminidad (secretarías, clasificación minuciosa). Este tipo de inserción revela formas de movilidad social que no responden al modelo clásico de ascenso económico lineal, sino que deben entenderse en clave de movilidad simbólica, laboral y subjetiva (Tossounian, 2018). Para muchas trabajadoras, el empleo implicó no solo un ingreso o un prestigio, sino también una vía de autonomía personal y reconocimiento identitario en contextos altamente masculinizados.

Desde una perspectiva histórica, se observa que las trayectorias femeninas en Huachipato y ENAP no pueden explicarse sin considerar el papel ambivalente del paternalismo industrial. Si bien este modelo abrió espacios de integración femenina, también reforzó la división sexual del trabajo, invisibilizando la agencia cotidiana de las mujeres en la reproducción del orden comunitario. El testimonio de trabajadoras como Eliana Prado o Marta Molina permite complejizar esta imagen, mostrando que las mujeres negociaron su lugar en el sistema productivo a través de estrategias que combinaban compromiso profesional, vocación social y adaptación a los códigos normativos del entorno.

En este sentido, las empresas estatales del periodo desarrollista fueron, simultáneamente, motores de movilidad y dispositivos de reproducción social. Este doble carácter exige repensar las categorías analíticas clásicas de movilidad, introduciendo enfoques que integren las trayectorias de las mujeres no como excepción, sino como dimensión constitutiva de los procesos de transformación social. Como propone Riveiro (2011), solo desde una mirada que articule género, historia y experiencia es posible construir una genealogía más inclusiva de la modernización latinoamericana.

Por último, los casos analizados muestran que las trayectorias laborales femeninas se configuraron en un campo de posibilidades condicionado, pero no determinado. La inclusión de mujeres en espacios industriales durante el desarrollismo chileno —aunque limitada— revela formas específicas de ascenso social, negociaciones identitarias y resignificaciones del trabajo que desafían las dicotomías entre lo productivo y lo reproductivo, lo visible y lo invisible, lo masculino y lo femenino.

Bibliografía

Acevedo, P., Ciselli, G., & Rojas, C. (2016). El patrimonio industrial petrolero en la Patagonia: Comodoro Rivadavia (Argentina) y Cerro Sombrero (Chile). Una perspectiva comparada. PASOS. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural, 14(4), 981–994.

Álvarez, B., & Correa Deza, M. F. (2013). La movilidad social en Tucumán, Argentina, 1869–1895. América Latina en la Historia Económica, 20(1), 126–157.

Borderías, C. (1997). Subjetividad y cambio social en las historias de vida de mujeres: notas sobre el método biográfico. Arenal. Revista de Historia de las Mujeres, 4(2), 177–195.

Borderías, C., & Ferrer Alòs, L. (2015). Hogar e industria textil. Mercado de trabajo y estrategias familiares en Catalunya (1900–1936). Historia Social, (83), 89–110.

Borderías, C., & Martini, M. (2020). En las fronteras de la precariedad. Trabajo femenino y estrategias de subsistencia (siglos XVIII–XXI). Historia Social, (96), 63–77.

Compañía de Acero del Pacífico (CAP). (1953–1971). Revista *Huachipato*. Concepción: CAP (Nº 1 a Nº 121).

Cvitanic, B., & Matus, D. (2019). Vivienda y patrimonio industrial: los campamentos del petróleo en Magallanes. Sophia Austral, 23(1), 205–234.

Discurso Pronunciado por el Presidente de la República Excmo. Sr. Gabriel González Videla en la ceremonia de inauguración de la planta Huachipato. (1950). Santiago: Artes y Letras Impresores.

Echenique, A., & Rodríguez, C. (1990). Historia de la Compañía de Acero del Pacífico S.A. Huachipato: Consolidación del proceso siderúrgico chileno 1905-1950. CAP.

Echenique, A., & Rodríguez, C. (1996). Historia de la CAP. De la empresa estatal a la empresa privada. Santiago: CAP.

Esteva, G. (1996). Desarrollo. En W. Sachs (Ed.), Diccionario del desarrollo. Lima: PRATEC.

Fernández Guzmán, E. (2019). Aspectos socioeconómicos y culturales de la movilidad social ascendente: El caso de los hijos de migrantes de Huandacareo, Michoacán, que estudiaron la universidad en Estados Unidos. Cimexus, 14(2), 173–197.

FitzGerald, V. (1998). La CEPAL y la teoría de la industrialización. Revista de la CEPAL, (66), 1–20.

Fuentes, P., & Pérez, L. (s.f.). Vivienda obrera en Concepción: la Villa Presidente Ríos. Universidad del Bío-Bío.

Gálvez Muñoz, L. (2001). Mujeres y hombres en los mercados de trabajo: La evolución histórica de los mecanismos de acceso y movilidad interna. Historia Agraria, (24), 229–234.

Iglesias Rodríguez, J. J. (1999). Oligarquías urbanas y movilidad social en Andalucía Occidental moderna. Revista de Historia Moderna, (22), 35–60.

Kay, C. (1991). Teorías latinoamericanas del desarrollo. Nueva Sociedad, (113), 101–113.

Kay, C. (1998). Reflections on the Latin American Contribution to Development Theory. In M. Dodson & M. O'Brien (Eds.), Contemporary Latin American Cultural Studies (pp. 95–108). London: Arnold.

Millán, A. (1999). Historia de la minería del hierro en Chile. Santiago: Editorial Universitaria.

Muñiz Terra, L., Deleo, C., Hasicic, C., & Roberti, E. (2011). Movilidad y trayectorias laborales en Argentina: Una revisión crítica de estudios de caso sobre mujeres y jóvenes desde una perspectiva cualitativa. Seminario Internacional "Movilidad y cambio social en América Latina", Mar del Plata, 4–5 de noviembre.

Pérez, L., Herrera, R., & Fuentes, P. (2019). Villa Spring Hill como expresión del paternalismo de la Empresa Nacional del Petróleo (ENAP) en el Gran Concepción, Chile. Atenea, (520), 75–95.

Peña, X., Cárdenas, J. C., Ñopo, H., Castañeda, J. L., Muñoz, J. S., & Uribe, C. (2013). Mujer y movilidad social. Documento CEDE No. 2013-05. Universidad de los Andes.

Pinto, A. (1959). Chile: un caso de desarrollo frustrado. Santiago: Editorial Universitaria.

Prats, J. (2006). El desarrollo como construcción social. Génesis de la idea del desarrollo. Documento de trabajo, Universidad de Barcelona.

Ramos, M. D. (2015). Historia de las mujeres y género. Una mirada a la época contemporánea. Revista de Historiografía (RevHisto), (22), 211–233.

Riveiro, M. (2011). Los ángeles no tienen sexo. La movilidad social sí. En Movilidad y cambio social en América Latina, Seminario Internacional, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Salazar, G., & Pinto, J. (2002). Historia contemporánea de Chile III: La economía: mercados, empresarios y trabajadores. Santiago: LOM Ediciones.

Tossounian, C. (2018). Feminidad y movilidad social en las representaciones de mujeres trabajadoras. Buenos Aires (1920–1940). Anuario de la Escuela de Historia Virtual, 13, 88–105.

Vanoli Imperiale, S. (2021). Clase, género y movilidad social: Articulaciones conceptuales para el estudio de la reproducción social. Emancipación, 21, 1–18. https://doi.org/10.5212/Emancipacao.v.21.2116542.018